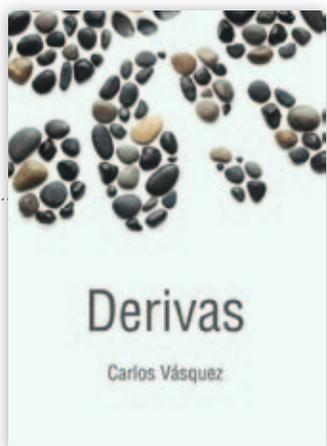


Como esos juegos con sombras



Derivas
Carlos Vásquez
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2016
136 p.

Es el alba. Líneas de sombra delatan la ventana sobre el suelo, anuncian que algo más puede abrirse si se levanta la vista, si se la deja vagar entre el aire. Tal vez, a lo lejos, un árbol tiemble aún movido por un viento tranquilo. Acaso escribir sea eso: prestar atención a la sombra más leve, al ser de las cosas que se escapa a la luz, que es luz sin luz.

La escritura es siempre un azar, una señal sin prisas del paso de algo, de algo que pasa mientras pasamos con él. Las derivas de Carlos Vásquez son como las tenues líneas de humedad en una playa donde las olas no dejan de venir. En este libro, cada deriva es la suma de todas las derivas y es ella misma y única; pero es también la deriva por venir. Como la playa que no retiene las olas que la bañan, Carlos Vásquez sabe que cada deriva es huidiza, que en cada ola el mar o el río fue siempre otro y que la brisa siempre fue ajena.

Derivas es un libro innumerable en su cifra, mil derivas que son el incesante latido de todo, de la nada en todo. Como afirma René Char, “El poeta no retiene lo que descubre: una vez transcrito, lo pierde enseguida. En eso residen su novedad, su infinito y su peligro”. *Derivas* es un libro de poesía, un libro en el que la poesía toca con lo esencial de su ser, con ese saber que no

sabe nada, con esa visión que no es ver, que, más que ver y descubrir, es escuchar. El poeta escucha, ausculta instantáneamente cada voz que llega a su playa, cada ola, no para entender o explicar nada sino para implicarse, para abismarse en ella y mantener su oído firme sobre las perforaciones que horada el agua. El poeta sabe que apenas transcribe, que “Escribe con la rabia de ya no tener” (p. 48), “Porque escribir es perderlo dos veces” (p. 28).

La poesía, ha escrito también Carlos Vásquez, es una respuesta a una pregunta no formulada, pero también a una pregunta tranquila, a una pregunta que acepta su errancia, que sabe que no va hacia una verdad, que no busca revelar ni ocultar, una pregunta que cuida y protege aquello que aún se oculta y tiembla entre lo revelado: el misterio, dice: “Si uno pregunta responden. La voz no ha superado el reflejo” (p. 22). Se trata de “Preguntas que no guardan espinas” (p. 22), preguntas que no se demoran, preguntas que son la poesía y su reflejo, la respuesta sin bordes ni aristas, instantánea, fugaz pero permanente, que no asciende ni desciende, que cruza sin atravesar. Al decir de René Char, “La poesía es, de todas las aguas, la que se entretiene menos en los reflejos de sus puentes”.

“Como esos juegos con sombras” (p. 74), escribe el poeta con total entrega, implicado hasta la médula; para él, el lenguaje no es un juego, cada palabra es un amasijo de sombras que hace su luz, son las sombras las que encienden palabras y no las palabras las que iluminan la sombra. Entre ellas, “La soledad se llena de manos” (p. 43), manos que buscan entre las sombras su calor perdido, la voz que ha horadado el silencio, que ha logrado “Hacer fuego con tanta sombra junta” (p. 25), rescatar, uno a uno, los latidos bajo las voces idas, que ha logrado hacer de ellos frases, derivas. Y sabe que hay que preservarlas, mantener sus contornos sin filos ni puntas, que hay que llevarlas sin que apenas se junten, “Que las frases se toquen. Más no” (p. 106), que se acompañen cada una en su distancia y en su soledad de pequeñas piedras pulidas sobre la arena: rastros de sombras.

Las derivas se escriben borrando, pero no con un borrar que silencia y proscriba sino con un borrar que preserva y atesora, un borrar que sigue la ruta del corazón de cada frase, hasta que su palpitar se haga audible, hasta que se cuele por las fisuras que abre en el misterio cada letra. “Borrar hasta que salga alguien” (p. 116), pero hacerlo como el río, como la ola, que transcurre mientras ocurre; borrar “Como se borran las nubes

sin darse cuenta" (p. 119). Hay que aguzar el oído, un oído hecho de todos los sentidos, un oído que nos deje saber si nos hemos despojado lo suficiente para que alguien llegue, para que su voz cruce la grieta sin quebrarse. Aquí la poesía aprende el pasar, encarna el ideal del Ricardo Reis pessoano que dice: "Pasa, nube, pasa y enséñame a pasar" y sabe que lo que queda es ser huéspedes del paso, vivir en él sin nada esperar, atender cada pálpito.

Mil derivas son mil corazones y "Cuántos latidos de uno en uno" (p. 120).^U

Carlos Ciro (Colombia)



ALMA MATER

Universidad de Antioquia



Noticias y análisis de actualidad permanente

Contar lo que hacemos es un deber constitucional
Conocer lo que hacemos es un derecho ciudadano